

A B E N J A L D U N Y LA CIUDAD MUSULMANA

I

Las ideas de Aben Jaldún pueden ser estudiadas desde dos puntos de vista. Primero, han merecido crédito a los ojos de historiadores, sociólogos y filósofos inclinados a las grandes síntesis comparativas. Pero cabe también considerarlas como producto de una experiencia particular, basadas en conocimientos muy concretos acerca del Islam. Contemplada con estos ojos, aparentemente miopes, la figura del historiador árabe perderá alcance, según algunos. Pero, a la larga, es así como nos damos cuenta más cabal de su verdadera capacidad teórica.

Un punto de vista común a cultivadores de varias ciencias sociales es el de defender que, hoy día, se avanza más mediante análisis intensivos, en que se use un método funcional, que mediante análisis extensivos en que se emplee el método comparativo clásico. El interés que tienen los llamados *Prolegómenos* de Aben Jaldún estriba en la articulación perfecta que existe entre los datos concretos que contienen y la teoría general. Y, dentro de ellos, los capítulos consagrados al estudio de la ciudad musulmana no son los más ligeros de fondo, aunque sí, tal vez, se conozcan menos que las páginas magistrales en que trazó los caracteres distintivos de la sociedad nómada (1).

Vale la pena de que ahora los resumamos y comentemos brevemente, para ver luego qué alcance pueden tener de un modo general.

Aben Jaldún sostiene, *in limine*, que la fundación de los imperios precede a la de las villas y ciudades, que la realeza se establece primero y que como secuela de ella surge la *ciudad* (2). Entiende por ciudad lo que los árabes conocen con el nombre de *Medina*, que viene a corresponder, aproximadamente, a lo que los griegos llamaban *polis*

y los romanos *urbs*. La ciudad es, pues, un producto "emergente", en el sentido que dan los ingleses a esta palabra, incluso en Biología, no un producto de lenta evolución.

II

Sólo un poder soberano que disponga de grandes recursos, que domine áreas geográficas considerables, puede subvenir a las necesidades que origina la fundación de una ciudad. Sólo un gran monarca puede mandar, a raja tabla, que se erijan templos, grandes edificios y monumentos públicos de variada índole, como son los que adornan las urbes más afamadas. A mayor imperio, mayor urbe. La justificación de esta ley la lleva a cabo Aben Jaldún mediante un análisis paralelo al que hizo para fijar los caracteres de las sociedades nómadas, análisis no exento de cierto utilitarismo seco.

Dos razones mueven a los hombres que han conquistado el mando para instalarse en ciudades: una es, sencillamente, la de la comodidad. Otra es la razón bélica, con sus dos facetas, la defensiva y la ofensiva, razón que obliga a que la ciudad, además de ser emporio, centro de contratación de toda clase de mercancía, sea, a la par, sede de una guarnición fuerte (3). Por comodidad se acumulan servicios; por seguridad se concentran fuerzas.

Hablemos ahora de los factores que hacen que se desarrolle la ciudad prósperamente.

Tres criterios han de tenerse en cuenta para fundarla, dice nuestro autor en el capítulo que lleva este título: "Sobre las cosas que hay que tener en cuenta cuando se funda una ciudad y las consecuencias que tiene el defecto de previsión en esta materia" (4). Tales criterios son:

1.º El criterio estratégico, que ha de atender, sobre todo, a la topografía.

2.º El criterio sanitario, que ha de atender a la salubridad e higiene.

3.º El criterio económico, con arreglo al cual la ciudad debe asentarse en un territorio bien provisto de mantenimientos de toda índole.

Las "posiciones" clásicas que da Aben Jaldún a la ciudad son también tres. Hay —dice—, en primer término, ciudades asentadas sobre montañas o colinas; hay, además, ciudades sobre penínsulas, y, por último, existen ciudades colocadas sobre un río (sobre el bucle de un

río, por lo común), a las que se llega mediante puentes con barcas o comunicaciones similares (5).

Fácil sería indicar cuáles fueron los modelos que Aben Jaldún tuvo presentes al decir esto. Aquí sólo se ha de insistir en que en Europa, aparte de haber una variedad mayor, existen ejemplos acaso aún más definidos que en Africa de ciudades de las tres clases. Pensemos sólo un momento en la situación de Sevilla, Córdoba o Toledo, en la de Cádiz o en la de Granada, para no poner más que prototipos que han adquirido considerable desarrollo. Pero otras ciudades más humildes, acaso serían más significativas para comprender lo que Aben Jaldún quería decir. Las villas marítimas deben estar respaldadas por una población tribal asentada en las cercanías, que las defiende de los ataques de marinos y piratas (6). El Mediterráneo es un mar interior y siempre padecieron los habitantes de sus costas las consecuencias de las incursiones piráticas. De aquí que muchas ciudades marítimas estén como de "espaldas al mar", encastilladas, y aunque Aben Jaldún —según va dicho— crea necesario que se relacionen con gente de tierra, lo cierto es que muchos de los viejos emporios (Gades, Málaga...) llevaron durante muchos años una vida casi insular y colonial.

Menos interés tienen las ideas que expone con relación a la salubridad de los lugares elegidos como emplazamientos de ciudades. La preocupación por las fiebres y plagas le da pábulo para exponer una teoría acerca del movimiento de los vapores en relación con la población, según la cual, a mayor población corresponde mayor movimiento (7).

Sus observaciones más importantes —de tipo material— se refieren a la vida económica en varios aspectos. El agua es el elemento vital y que primero ha de tenerse en cuenta para edificar una ciudad próspera. El agua, aparte del uso que de ella se hace en el interior, permite que en sus alrededores haya:

1. Pastos; por tanto, animales domésticos.

2. Tierras cultivadas; por tanto, cereales, que Aben Jaldún considera como productos agrícolas de primera importancia.

3. Bosques; por tanto, leña para los hogares y madera para las construcciones (8). El complejo económico que forma la ciudad con sus campo fué claramente visto por él. Mas, así como Aristóteles pensaba que la *polis* necesitaba un territorio de proporciones no muy grandes para desarrollarse cómodamente (9), Aben Jaldún juzga que la ciudad musulmana necesita recursos que no se hallan nunca en territorio pequeño. En términos modernos, diríamos también que las posibilidades de "conurbación" o "sinoikismo" de una y otra son distintas desde el principio, desde el momento fundacional.

III

Un monarca que domine sobre vastos territorios puede llevar a cabo concentraciones de obreros especializados de origen diverso, que contribuyan de modo decisivo a la construcción de la ciudad, aportando técnicas y saberes múltiples. Ingenios y mecanismos de toda índole son aparejados por aquéllos, con objeto de construir con rapidez monumentos de proporciones desmesuradas. En este orden, los árabes pudieron mover, según es sabido, a una población muy heterogénea: desde griegos bizantinos y sirios cristianos, a los descendientes de los hispanorromanos de la Bética, pasando por los judíos, los persas, hindúes e incluso chinos. El vocabulario técnico de la lengua arábiga parece que está lleno de grecismos o helenismos y de otros elementos (10) que reflejan este poder de concentración de técnicas, que Aben Jaldún considera que tiene dos raíces.

La concentración de la masa de trabajadores se efectúa por voluntad soberana, que obliga a parte de los súbditos a desplazarse a donde se está alzando la ciudad, y también por voluntad individual, movida por el deseo de ganancias o de otra cosa parecida, como ansia de darse a conocer (11). La ciudad empieza a alzarse febrilmente. El autócrata quisiera verla terminada en vida. Sin embargo, rara vez ve cumplido su deseo.

Los edificios de mayor tamaño no pueden concluirse durante el reinado de un soberano, y sólo, a veces, una dinastía los remata. Ante su esplendor o ante sus ruinas, la mente humana queda asombrada, atónita, y de ahí que gentes sencillas de generaciones posteriores crean que los grandes monumentos son obra de gigantes de épocas remotas o que les den otras interpretaciones praeternaturales (12). No se explican que hombres corrientes hayan podido hacer tales prodigios. Dentro de la órbita del Islam hay una razón para asombrarse todavía más.

Los edificios y grandes construcciones debidos a los árabes no guardan relación con la grandeza de este pueblo y quedan muy por debajo de las construcciones legadas por otros pueblos antiguos. Lo que construyen los árabes cae pronto en ruina, y ello se debe en gran parte a la imprevisión y también a la carencia de aptitudes técnicas propias (13). ¿Qué son las obras mandadas hacer por los reyes del Africa blanca, comparadas con las que hicieron los cartagineses o los romanos? Pura pacotilla. La acumulación de elementos heterogéneos, de

obreros traídos de aquí o allá, no compensa la falta de aptitudes de la raza.

La ciudad musulmana no puede ser tampoco tan monumental como la cristiana o pagana, por una razón de precepto. Tras la destrucción de Kufa, el califa Omar estableció que ninguna de las casas que se hicieran de nuevo debía tener más de tres cuartos ni elevarse demasiado. "Guardad fielmente las prácticas seguidas por el Profeta —añadía— y conservaréis siempre el imperio del mundo" (14).

En este orden, como en otros, Mahoma seguía una viejísima tradición asiática. Pero no nos adelantemos.

Una vez "hecha la ciudad", su vida es paralela a la vida de la dinastía y del Imperio que le dió ser, si bien es verdad que su proceso de crecimiento, dentro del término de las cuatro generaciones que Aben Jaldún considera como propio de toda dinastía, es algo distinto al del desarrollo del poder de aquélla. En efecto, si el Imperio tiene un momento de expansión máxima en las generaciones primeras y luego decae, la ciudad va creciendo más y más, hasta que llega a convertirse, en el momento de la crisis final, en una gigantesca cabeza sin cuerpo.

La sedentarización trae consigo el reposo, el bienestar, la pérdida de las virtudes bélicas de las antiguas poblaciones nómadas, y crea una red de intereses económicos. El ciudadano se hace culto, refinado, conecedor de muchas artes y letras. Pero es también de ánimo vil, pusilánime. Mientras dure el mando que garantiza el orden, mientras los soldados mercenarios obedezcan a sus superiores, también venales, conservará su seguridad y prosperarán sus negocios. En cuanto el mando flaquea, la ciudad y todo lo que contiene entra en crisis.

La prosperidad de la ciudad y la técnica elevada se hallan estrechamente relacionadas. Y su ruina física va unida a la ruina moral y cultural. Si una nueva dinastía vence a la antigua, si el autócrata no ama a la ciudad en que vivieron sus antecesores enemigos, la vida de ésta experimenta los efectos y sólo algunas urbes han podido sobrevivir a tal mudanza. Ello se debe a razones económicas que rebasan ya la esfera de las intenciones y gustos particulares, e incluso la vida de los imperios.

IV

Las ciudades que sobreviven a la caída de la dinastía que las fundó son aquéllas que poseen un "cinturón rural" de llanos y montañas con un potencial económico bastante desarrollado. Aben Jaldún pone como ejemplo de ellas a Fez, fundada por Muley Idris II, según la

tradición, y a Bujía, aparte de las que no cita expresamente, pero que coloca en el Iraq persa (16).

No sobreviven, en cambio, las que carecen de tal cinturón; o, por lo menos, decaen. Y es curioso señalar que considera como ciudades *decadentes* en su época a El Cairo viejo, Bagdad, Kufa, Cairuan, El Hehdiya y Kala Ibn Hamad (17).

El potencial económico da a la ciudad y su cinturón no sólo el que posea aquella clase de ventajas físicas a que se aludió antes, expresadas, sobre todo, por la abundancia de agua, sino un juego de intereses que se producen rápidamente a la sombra de la autocracia.

En primer lugar, la ciudad es el centro de un tipo de actividades muy características, industriales y comerciales, que producen a su vez riquezas. En segundo lugar, la existencia de tales riquezas hace que su inversión constituya un nuevo problema.

Los párrafos que dedica Aben Jaldún al estudio de los efectos de la división del trabajo social en la vida económica son de una "modernidad" que asombra. Claramente establece el principio de que a mayor división existente corresponde mayor rendimiento industrial, y a mayor rendimiento, mayor necesidad de comercio. Así establece el ciclo que sigue: *a*), división del trabajo; *b*), rendimiento material (industrial); *c*), comercio; *d*), lujo (y capitalismo); *e*), necesidad de invertir los capitales, sobre todo en propiedades rústicas, acerca de las cuales hace observaciones agudas.

La gente de los campos nunca es bastante rica para ir a habitar las villas populosas. Pero, en cambio, los ricos ciudadanos tienen medios para comprar cantidad de propiedades rústicas. De esta suerte, a causa de la herencia y de la especulación, se concentran las propiedades en pocas manos con harta frecuencia, originándose el absentismo.

La especulación puede producirse por motivos políticos. Aben Jaldún señala la baja de los precios de las propiedades en los momentos de decadencia de la dinastía y la alza en los de auge. Señala también que las haciendas rústicas tienden a rendir siempre poco, pero que se consideran bienes más seguros en manos de una descendencia poco acomedida (19).

En suma, que nos da toda una teoría de la burguesía musulmana, burguesía que necesita de protectores guerreros por rica y poderosa que sea, y que se halla más amenazada que ninguna otra por peligros exteriores e interiores. Dentro de la ciudad es acechada por una plebe mísera, dispuesta a secundar movimientos revolucionarios en cualquier ocasión. Fuera, unos labriegos montaraces pueden ser causantes de zozobras, y cuando no éstos, los nómadas, que aparecen con todos sus rasgos terroríficos, y que Aben Jaldún no atenúa. Es más: en su cuadro objetivo y pesimista para su propio país, indica que si una

ciudad tiene en sus cercanías muchas tribus nómadas en las que la solidaridad agnaticia conserva todo su poder, corre grandes peligros, y en tierras como Ifriqiya y Marruecos, en que abunda aquella clase de gente, las ciudades no son tan numerosas como en España, Siria y Egipto, donde la población rural es sedentaria en esencia (20). Vemos, pues, que a Aben Jaldún no le duelen prendas, y en su objetividad llega a más. Allí donde encuentra la prosperidad y el orden, lo dice. Donde halla el caos y la barbarie, también.

Las diferencias que existen entre un país y otro con respecto a la pobreza o bienestar provienen de las mismas causas físicas que establecen diferencias semejantes entre las ciudades. Y Aben Jaldún, sin dejarse seducir por prejuicios ocasionados por el amor a la tierra natal u otros sentimientos análogos, divide el mundo en dos grandes zonas, constituídas por:

A) Países ricos, que son los orientales (Egipto, Siria, Iraq persa, India, China) y Europa.

B) Países pobres: Ifriqiya, Barka y el Mogreb.

Sin ningún género de restricciones reconoce que la riqueza de los comerciantes cristianos que iban a las tierras que él conocía mejor era prueba suficiente para defender su punto de vista. Con las ciudades musulmanas hace una clasificación también muy objetiva. Fez sería el prototipo de las que han alcanzado mayor desarrollo. Tremecén quedaría como ejemplo de las de segunda categoría, y Orán y Ceuta serían modelos de ciudades de tercer orden. De la abigarrada población de las ciudades dice cosas muy agudas, al estudiar los cargos públicos y los oficios. Pero ahora, mejor que seguirle en este laberinto social, conviene contrastar sus opiniones en punto a los orígenes y caracteres esenciales de la ciudad con los de otros autores.

V

Si después de leer a Aben Jaldún repasamos el libro de Fustel de Coulanges sobre la ciudad antigua, nos encontramos con que en él se manejan conceptos muy semejantes, para hacernos comprender las estructuras urbanas griegas e itálicas. Pero el orden en que colocan tales conceptos el sabio medieval y el sabio del siglo XIX, difiere de tal suerte, que, en última instancia, las imágenes que nos dan son muy distintas. No ha de chocarnos esto —nos dirán algunos—, ya que Aben Jaldún estudió un hecho (el de la formación y caracteres de la ciudad islámica africana) y Fustel estudió otro. A éstos convendría recordarles que hace ya bastante tiempo un arabista francés,

E. Masqueray, tomó el libro de Fustel como pauta para planear sus averiguaciones sobre la formación de las ciudades de la Argelia sedentaria (21), llegando a resultados que otros autores más modernos han considerado como fidedignos (22). ¿Entonces? ¿Es que Aben Jaldún falla? No; más bien parece que la "ciudad" en que pensaba era otra clase de "ciudad" y que su texto (inversamente a lo que hizo Masqueray) podría tomarse también como base para estudiar la formación de no pocas ciudades antiguas.

Según Fustel, la formación de la "ciudad antigua" (en general) es un hecho relacionado con la existencia previa de una sociedad encuadrada en un determinado sistema de linajes, en el que el culto a los antepasados desempeñaba papel muy importante. Una vez que se dan estos elementos, una vez que existe sociedad tal, se constituye la *civitas*, y tras ella su expresión material, la *urbs*, que, generalmente, no se reduce a ser una simple suma o agregación sucesiva de habitaciones fijas, sino que se debe a un acto "fundacional", producido a veces en un día, de un solo impulso. Hasta aquí, entre lo que él dice y lo que dice Aben Jaldún hay poca divergencia.

Ahora bien: este surgir repentino de la *urbs*, y, desde un punto de vista material, *ex nihilo*, requiere que existan antes, más que un sistema de valores sociales como el linaje, el culto a los muertos, etc. (propios de casi todas las sociedades primitivas), unos medios técnicos, unos medios económicos y unos instrumentos religiosos, jurídicos y políticos coercitivos que parecen haber sido poco especificados y analizados por el mismo Fustel y sus secuaces y que, justamente, las páginas un poco brutales de Aben Jaldún ponen de relieve. Sabemos que en los períodos finales del Imperio romano, el tipo de fundaciones rápidas y un tanto atropelladas, que él considera características de los musulmanes, eran propias de los autócratas romanos. Ninguna lectura puede recomendarse mejor, para apoyar este punto de vista, que el brillante capítulo en que Gibbon describe la fundación de Constantinopla (23). Algún espíritu combativo nos dirá al punto: "Bien; pero con Constantino ya entramos en los umbrales de la Edad Media, islamismo y bizantinismo son hechos de un mismo ciclo histórico, etc." A lo que podemos replicar que esto no invalida la posibilidad de averiguaciones nuevas en un mundo más remoto, ya que la autocracia y la teocracia se han dado en la Antigüedad repetidas veces.

Dos hechos son obvios para Aben Jaldún como musulmán medieval: es el primero la existencia de una religión monoteísta que excluye todo culto del tipo local o particular admitido en otra época por los griegos, romanos, etc. El segundo es el de la relación de esta religión con una autocracia, en la que el que disfruta del poder es considerado como vicario del Dios único sobre la tierra. Entre el ceremo-

nial que rodeaba a un monarca islámico y el que rodeaba a un viejo rey del Asia anterior, parece haber bastantes puntos de semejanza. Del gran sacerdote-rey o del monarca divinizado al "jalifa" existe menos distancia, tal vez, de la que se cree.

Un autor de convicciones fuertes, E. F. Gautier, ha sostenido que el Islam es el heredero directo de las grandes civilizaciones antiguas del Cercano Oriente (24) en múltiples aspectos. Y, concretamente, en este asunto de los orígenes de la "ciudad" antigua cabe pensar (y esto no lo indica Gautier) que el proceso de formación y fundación analizado por Fustel y otros autores (W. Warde Fowler, G. Glotz), que Masqueray y Montagne vieron reproducido en el norte de Africa entre los bereberes, no es, ni mucho menos, el único que se ha dado.

Hoy día, mucho mejor que hace años, estamos en óptimas condiciones para defender la idea de que en los albores de la Historia existieron imperios y poderes autocráticos de tipo religioso que dieron impulso a la vida urbana en sus orígenes, a la "civilización" en el sentido más estricto de la palabra, y podemos afirmar asimismo que la *polis* griega es producto no tan primigenio como antaño se creía: la primera "revolución urbana", como la ha llamado un conocido arqueólogo inglés, acaeció en Mesopotamia muchos cientos de años antes que aparecieran la *polis* y la *urbs* en sus formas más elaboradas (25), y fueron reyes investidos de caracteres sagrados, faraones y emperadores, los que crearon el primer modelo para las monstruosas concentraciones del mundo actual, que, si no se hallan amenazadas por nómadas feroces o campesinos envidiosos, viven con la angustia de pensar que es muy posible que su destrucción esté más próxima que nunca y que las lamentaciones del profeta o del poeta sobre las ruinas de Babilonia o de Itálica serán un pequeño juego retórico al lado de las que podrá producir el bombardeo científicamente organizado. No son Atenas, ni la Roma republicana, los primeros modelos de ciudad, sino que donde van descubriéndose éstos es en los arenales que recorre el beduino famélico con sus camellos, y en que antaño se alzaron los palacios de los grandes reyes.

NOTAS

(1) Seguimos la traducción clásica, *Les prolegomènes d'Ibn Khaldoun traduits en français et commentés par M. de Slane, membre de l'Institut*, II, segunda parte, sección cuarta. París, 1856.

(2) II, pp. 238-240.

(3) II, pp. 240-241.

- (4) II, pp. 247-252.
 (5) II, p. 247.
 (6) II, pp. 251-252.
 (7) II, pp. 248-250.
 (8) II, pp. 250-251.
 (9) *Poliz.*, VII, 5, 1.
 (10) La misma palabra *mijal*, que Aben Jaldún emplea en este capítulo (II, pág. 242) de modo constante, la da el traductor como alteración de la palabra griega *μηχανή*. Los préstamos de voces van unidos al saqueo de los edificios antiguos. Sabido es que en la mezquita de Córdoba hay aprovechados capiteles, columnas y otros elementos de construcciones anteriores.
 (11) II, p. 242.
 (12) II, pp. 242-243.
 (13) II, pp. 273-276.
 (14) II, pp. 273.
 (15) II, pp. 239.
 (16) II, p. 239.
 (17) II, pp. 239-240.
 (18) II, pp. 280-287.
 (19) II, pp. 291-293.
 (20) II, pp. 271-273.
 (21) *Formation des cités, chez les populations sédentaires de l'Algérie (Kabyles du Djurdjura, Chouïa de l'Aourás, Beni Mezâb)*. París, 1886.
 (22) R. Montagne: *Les berbères et le makhzen dans le Sud du Maroc*, París, 1930, pág. 8.
 (23) *The decline and fall of the roman empire*, II. Londres, 1951, págs. 70-132, cap. XVII.
 (24) *Moeurs et coutumes des musulmans*, París, 1949, págs. 99-143.
 (25) Gordon Childe: *What happened in History*, Harmondsworth, 1950, páginas 89-112.